



JUAN BAUTISTA DE TOLEDO.

Juan Bautista de Toledo creeríamos fuese natural de la ciudad de este nombre por el apellido, y por asegurarlo Juan de Arfe, que como arquitecto y contemporáneo parece verisímil no se equivocase, si otros escritores no le contradijesen, asegurando que su patria fué Madrid. Gil Gonzalez Dávila (*Grandezas de Madrid* página 222), le coloca entre los hombres ilustres naturales de esta villa. Leon Pinelo (*Anales manuscritos de Madrid*), D. Juan de Quiñones (Alcalde mayor del Escorial, en la explicación de unas medallas de Emperadores que se hallaron en el puerto de Guadarrama, folio 61), y el licenciado Porreño (*Dichos y hechos de Felipe II*, capítulo 43), dicen asertivamente fué natural de ella. Esta opinión tiene el apoyo que diré al fin; y en cuanto al apellido Toledo le juzgo de familia, pues con él se le nombra en todas las cédulas reales.

Después de haber estudiado en su patria lo que entonces se podía aprender de arquitectura, pasó á Roma á continuar sus estudios con los grandes maestros que florecían y con el exámen de las ruinas de la antigüedad. Leon Pinelo dice que le llamaron allí el *valiente español*: Gil Gonzalez, «que ejecutó buena parte de la fábrica de San Pedro,» y D. Juan de Quiñones, que «fué aparejador de aquella fábrica en tiempo de Micael Angelo.» No se si podremos juntar estas noticias con las que dan los escritores italianos de lo que sus arquitectos hicieron en España; pero á lo menos es verisímil que asistiese á ver edificar el mayor templo del mundo.

De Roma pasó á Nápoles donde se estableció y adquirió 200 ducados de renta y un molino de viento sobre el muelle grande. Los 200 ducados parece eran producto de algun oficio, pues cuando vino á España dejó un teniente; y como este oficio solo pudo dársele el Virey, conjeturo que algun Virey le llamaria de Roma para ocuparle en su

profesion (1). Contrajo allí matrimonio con Ursula Jabarría, hija de Gerónimo Jabarría, que le llevó algun dote, y antes de venir á España tuvo en ella 2 hijas.

Cuando falleció el Emperador Carlos V dejó á la voluntad de Felipe II su hijo todo lo tocante á exequias, y particularmente á su sepultura y de la Emperatriz su mujer. Se hallaba el Rey en Flandes, y desde luego concibió la idea de fundar una insigne casa de religion para sepulcro digno de la grandeza de sus padres, y para que tambien lo fuese suyo y de sus mujeres y hermanos, poniendo en ella monjes de San Gerónimo. Eligió la advocacion de San Lorenzo, no por haber asolado en San Quintín otro monasterio de la misma advocacion, como vulgarmente se dice y escribió Antonio de Herrera en la historia universal del mundo, ni por voto que hiciese entonces, «sinó por la particular devoción que debía á aquel glorioso santo, y en memoria de »la merced y victorias que en el día de su festividad comenzó á recibir de Dios;» como el mismo Rey dice en la escritura de dotacion del monasterio.

Determinado á construir un suntuoso edificio, debió elegir para trazarle y dirigirle un arquitecto que pudiese desempeñar su idea. Sobre ser Felipe II apasionado á fábricas, como lo prueba el gran número de las que hizo y reedificó

(1) Le llamó el Virey D. Pedro de Toledo, primer marqués de Villafranca, señalado protector de las bellas artes. Después de haber puesto en buen estado las cosas pertenecientes al gobierno político de aquel reino, volvió su atención hacia el ornato de la ciudad. Eran sus miras vastísimas y magníficas en sumo grado, y por consiguiente le era forzoso buscar uno de los mas aventajados profesores. Creyó hallar en tanto deseaba en Juan Bautista de Toledo; y así le obtuvo del Emperador el título de Director de las obras reales de Nápoles. Construyó y trazó el palacio de los Vireyes, una iglesia dedicada al apóstol Santiago para los españoles, y en el coro un magnífico sepulcro con figuras de bajo-relieve, trabajadas por el célebre escultor Juan de Nola; y una calle, que aun conserva el nombre de la *Strada de Toledo*.

siendo Príncipe y siendo Rey, era instruido y de gran gusto en la arquitectura, y con la buena forma de sus edificios la dió generalmente á todos los que se hacian en el Reino. Conocía personalmente ó de reputacion los mejores artífices de Europa: honraba á los suyos, y conferenciaba con ellos los asuntos relativos á las artes.

Llevado de su afición á la arquitectura estableció en una torre del Palacio de Madrid un gabinete «cuya bóveda,» dice Vicente Carducho, diálogo 8.º de la Pintura, «está pintada al fresco por el famoso Becerra... En lo bajo á la redonda están puestos estantes de nogal, tallados de medio relieve y dorados sus perfiles, en que están las trazas y papeles tocantes al oficio de trazador... y en él se demuestran las trazas de la gran fábrica de San Lorenzo el real y las del alcázar de Madrid, del alcázar de Toledo, del real sitio de Aranjuez y de todo lo que en el falta de edificar... Las trazas del alcázar de Segovia... donde hay muchas escritas y resueltas sus dudas por el Rey; y las trazas de otras casas reales, las de los alcázares de Sevilla, y casa real de la Alhambra de Granada y otras... en las dos Castillas y reinos de Aragon y Portugal. Trazas de túmulos, entradas públicas, fiestas reales; y en fin, todo lo que era diseño de arquitectura.» Todo esto se conservó hasta el incendio del Palacio. La mayor parte se salvó de las llamas; pero lo que no hicieron ellas lo hizo la ignorancia, el descuido y acaso el interés. Las trazas del Escorial se vendieron públicamente en Madrid no hace muchos años, y las de otros edificios andan dispersas. El depravado gusto de un arquitecto francés, que despreció lo que no entendía, fué causa de que el Rey no volviese á adquirir las del Escorial, que ahora se ignora donde paran.

Sabia Felipe II que aunque el corazón de nuestros arquitectos no se había desprendido enteramente del gusto semi-gótico, Machuca y Bustamante, en la Alhambra y en Toledo, habían pretendido emular á los italianos en correccion y buen gusto. Se distinguían á la sazón Gaspar de Vega y Francisco de Villalpando. Este último tenía toda la aptitud que era posible con los libros y la práctica, pero le faltaba la inspección de las antigüedades y de las célebres obras modernas de Italia: inspección que no ignoraría el Rey cuanto contribuye á agrandar las ideas y el ánimo. Si hubiese pretendido traer el mejor arquitecto extranjero, es bien verisímil, que ni Palladio, ni Vignola, ni otro cualquiera se negase á servir á Felipe II ni á emplear sus talentos en una obra superior á todas las de su especie. Debe creerse pues, que si eligió á Juan Bautista fué porque tuvo informes seguros de que concurría en él toda la capacidad necesaria para fiarle tan gran proyecto.

Hallándose el Rey en Gante mandó á Juan Bautista se transfiriese de Nápoles á Madrid, y por cédula de 15 de julio de 1559 le asignó en interin 220 ducados de sueldo: en cuya cortísima asignación siguió Felipe II su costumbre de empezar por poco hasta experimentar por sí mismo las habilidades. Vino el Rey por agosto del mismo año, y el de 1560 trasladó su corte de Toledo á Madrid, donde se hallaba Juan Bautista.

Construía entonces Antonio Sillero de orden de la Princesa Doña Juana el Monasterio de las Descalzas Reales; y yéndose á empezar la iglesia y toda la casa de Misericordia, debe tenerse por seguro que hizo Juan Bautista los diseños; pues se advierte en ambas obras su estilo natural y grande, muy diferente del semi-gótico que usó Sillero en lo demás del edificio. La fachada es de orden dórico con la organización de piedra y los entrepaños de ladrillo. Sobre su zócalo general se elevan en el primer cuerpo pilastras arquitrabadas sin cornisa. Se sube á la puerta por tres escalones: las jambas y lintel en cuadro hacen 3 fajas: á los lados de las jambas 2 medias pilastras, y sobre ellas carga un entablamento con frontispicio. El segundo cuerpo tiene las mismas pilastras.

Encima de la puerta el escudo de la fundadora; y el todo remata en cornisa recta y frontispicio, en cuyo neto hay una claraboya.

El maestro Juan Lopez de Hoyos (*Historia y relacion verdadera de la enfermedad, tránsito y exequias de la Reina Doña Isabel de Valois, año 1568*), hablando de esta fachada, dice, fue la primera cosa que en España se labró con noble sencillez. (1)

Establecido Juan Bautista en Madrid, quiso traer de Nápoles su casa y familia. Envio á su suegro 600 ducados para los gastos del transporte, que determinó fuese por mar. Naufragó la embarcación; se ahogaron su mujer é hijas, y lo perdió todo.

Puso á su cargo desde luego el Rey la direccion de todas las obras reales, y entretanto que se disponia la principal para que le había llamado, le ocupó en otras menores. Por abril de 1561 le mandó hacer las trazas para añadir el castillo de Aceca, y fabricar la casa de oficios y caballerizas que hay allí. Son estas obras, como las que hizo Gaspar de Vega, de pura mampostería sin orden alguno; pero con todo se nota gran diferencia entre las columnas toscanas que puso en el zaguan y las que ya había en el patio interior. En la caballeriza cubierta con una bóveda se ve lo que hace un buen arquitecto aun cuando se le encargan cosas comunes.

Pensaba el Rey... reedificar el palacio de Aranjuez, y en 22 de julio del mismo año dió la instruccion que debía observarse: en la cual hay este artículo. «Y porque hay algunas obras y cosas que es mejor hacerlas á destajo que no á jornal ni tasación; y otras que es mejor hacerlas á tasación que no á jornal ni destajo; y otras que es mejor hacerlas á jornal; en todo lo que de aquí adelante se hubiere de hacer... se tomará el voto y parecer de Juan Bautista de Toledo, nuestro arquitecto... y ordenarse ha lo que con acuerdo de dicho Juan Bautista parezca.» Se suspendió sin embargo esta reedificación hasta el año de 1566, y entonces se empezó por la capilla, cuya forma interior cuadrada y llena de puertas no merece elogio. La diseñó y empezó Juan Bautista...

Aunque en esta instruccion le llama el Rey su arquitecto, no tuvo título formal, hasta que por agosto del mismo año le dió el que sigue: «El Rey.—Acatando la suficiencia y habilidad de vos Juan Bautista de Toledo...» (2)

(Se continuará.)

FESTEJOS REALES.

LA ESPADA ENCANTADA.

En la época feliz para la España, en que su nombre era escuchado con respeto en los diversos ámbitos del mundo, en que el pendon pátrio tremolaba victorioso en mil remotas naciones, y en que su Monarca podía exclamar desde el trono, levantando con orgullo el cetro de oro, *Nunca el sol se pone en mis dominios*; en aquella época feliz, se desarrolló una peste terrible en Augusta, ciudad de Alemania, y el Monarca español quiso consolar en persona aquel pueblo afligido.

Era el año 1547.

El Emperador D. Carlos V acababa la guerra en la baja Alemania, y su hijo, el Príncipe D. Felipe II, después de celebrar en Monzon cortes para los reinos de Aragon, Valencia y Cataluña, pasó á Alcalá de Henares, con objeto de

(1) Lo interior de la iglesia se reedificó hace pocos años con diseño de D. Diego Villanueva.

(2) Fecha en Madrid á 12 de agosto de 1561.

asistir á las bodas, que en dicha ciudad se celebraban, de su hermana, la esbelta infanta doña María, con el ilustre Maximiliano, Príncipe de Hungría; y con el objeto de comenzar en seguida el viaje á Alemania, que su augusto padre el Emperador había dispuesto.

Tres fueron los objetos que Carlos V se propuso en este viaje: que su hijo el Príncipe se solazase una temporada, recorriendo las provincias de su vasto imperio; que socorriese al pueblo afligido por la peste; y que aquellas provincias conocieran y coronasen á su futuro rey.

Diversas y encontradas sobremanera son las opiniones de los historiadores acerca de Felipe II; acerca de ese génio inflexible que nos legó su nombre impreso en el gigantesco monumento del Escorial; y no falta tampoco alguno mas avanzado que lo presente como un Príncipe odiable, y aborrecido de sus vasallos; pero lo cierto es que jamás Rey alguno ha merecido del pueblo y magnates, ovaciones mas entusiastas, ni festejos mas grandiosos que Felipe II en su viaje á Alemania.

II.

Algunos días hacia que el Príncipe y su corte se encantaban en la ciudad de Vins, muy festejados por los súbditos del pueblo y sus comarcas, y sobre todo por la Infanta Doña María, Reina ya de Hungría, por su enlace con el Príncipe Maximiliano; cuando á los postres de una opípara cena, se presentaron con las ceremonias á tan grande corte correspondientes, dos pajes, con ricos atavíos de plata y terciopelo, los cuales presentaron al Príncipe una esposicion en preciosa bandeja de oro conducida.

El Príncipe la tomó con muestras de contento, y con gran regocijo de todos, fue leída en alta voz.

El extracto de aquella esposicion es el que sigue, segun datos que hemos podido recoger en las antiguas crónicas que de este asunto se ocupan.

«SEÑOR: Sabido es que en todo tiempo ha habido caballeros andantes, que despues de jurar por su Dios, y por su dama, hacer todo lo bueno y nada malo, como proteger á las viudas, ayudar al desvalido, defender á las doncellas, y desfacer en singular batalla toda clase de entuertos, que contra Dios y el cristiano, por malandrines cometerse quisiera: pero tambien es cosa de todos sabida, Cesárea Magestad; que desde los tiempos mas remotos ha habido ansimismo caballeros de baja ralea que teniendo mas saña en su corazon que brio en su brazo para romper lanzas en singular batalla, han querido antes entregarse á las perniciosas máximas de Merlin, que á las nobles fañanas del célebre entre los célebres Amadis de Gaula; en todos los siglos ha habido hombres que se han entregado al estudio de la magia, para encantar en soterráneos castillos sin luz ni aire, á los caballeros mas valientes, y á las mas hermosas doncellas.

Ya en nuestra juventud nos hablaron con rencilla, Señor, nuestros padres, de un tal *Norabroch*, hábil encantador y grande alquimista, que en sola una noche, dicen que levantó un castillo invisible, aquí mismo, cerca de la ciudad de Vins, para desgracia del pueblo y tormento de todas sus comarcas.

Este *Norabroch*, aunque nadie lo ha visto hasta el dia, ni verlo en lo venidero cosa facil será; puede asegurarse que es un hombre gigantesco, fornido, velludo y muy iracundo, porque así se le presentó hace siglos en ensueños, á la mas hermosa doncella que nacer de madres puede.

Este tal *Norabroch* vive rodeado de muchas y muy fuertes murallas, dentro de las cuales murallas, pero á la otra parte del rio, que sus posesiones baña; tiene un castillo invisible, porque densa nube lo cubre dia y noche, cuyo castillo se llama EL CASTILLO TENEBROSO: y en el cual castillo hay profundos calabozos, donde el inexorable *Norabroch* apena con rollos tormentos á cuantos caballeros andantes ha podido

sumerjir en sus lóbregas cavernas: y tiene tambien deliciosos jardines de encantadas flores, donde pasean las doncellas impuras que abrieron sus brazos á aquel velludo pecho; y tiene ademas calderas de azufre derretido donde hierven los miembros de malhadadas damas, que fueron á implorar clemencia por sus infortunados caballeros andantes.

Estos tormentos que unos y otros padecen, deberian ser eternos, y eterna tambien la desgracia que amenazara al pueblo y sus comarcas, porque el feroz *Norabroch* nunca se cansa del mal ageno; pero la clemencia de la *Reina Fadada*, que aunque humana es por lo comun invisible, y el dominio de los encantamientos tiene á su cargo, ha dispuesto que los tormentos de los encantados, y el poder del tirano *Norabroch* concluyan de un golpe, cuando haya algun caballero andante tan felice, que arranque de un solo tiron una espada de oro finísimo, y de ricas piedras guardnecida, la cual espada, de todos los sabios envidiada, la ha clavado la *Reina Fadada* hasta la mitad de la hoja, en un padron de duro mármol. Pero grandes y peligrosas pruebas tiene que hacer; grandes y peligrosos torneos que sostener el atrevido caballero andante que se proponga arrancar la espada del padron, porque el sabio *Norabroch* ha sabido muy bien defender su morada con fuertes barreras y con pasos dificiles, como por sabios contruidos. Son á saber, los pasos que hay que atravesar, y las pruebas que hay que hacer, las siguientes:

Para llegar al castillo de *Norabroch*, Cesárea Magestad, es preciso cruzar primero EL PASO AFORTUNADO, despues LA TORRE PELIGROSA, y luego LA ISLA VENTUROSA. En medio de esta Isla se levanta una colina á manera de pirámide, en cuya cumbre ó cúspide, está el padron de mármol pero rodeado de yerba verde y lozana, como que muchos siglos han pasado, sin que pie humano haya pisado aquel suelo, por lo difícil que es acercarse allí: y en este padron está clavada la espada de la *Reina Fadada*. Mas allá de la Isla venturosa, ya todo es misterios que la débil inteligencia del hombre comprender no puede. Por allí corre el rio con sus aguas silenciosas; sobre el rio está el puente invisible, y al otro lado del puente se levanta el castillo de *Norabroch* entre densas nubes de vapores negros.

Ademas de todo esto, el cruel *Norabroch* ha defendido tambien con valientes caballeros, los tres pasos referidos por donde es fuerza cruzar para llegar á su negra morada.

El paso afortunado lo defiende el caballero DEL GRIFON COLORADO; la Torre peligrosa la defiende el caballero de LA AGUILA NEGRA, y la Isla venturosa está fielmente resguardada por el jamás vencido caballero DEL LEON DE ORO.

A estos tres caballeros, que con denuedo han cumplido siempre su deber, custodiando tan peligrosos pasos; les llama *Norabroch*, LOS CABALLEROS MANTENEDORES; y CABALLEROS AVENTUREROS llama á todo caballero andante cualquiera que sea su patria, el cual guiado del buen deseo de salvar del encantamiento á tantos otros caballeros y damas, que allí yacen sumergidos, se presenta á romper lanzas con los caballeros mantenedores. El sabio *Norabroch*, para mayor seguridad de sus prisiones, ha establecido ansimismo ciertas leyes de torneo, que escritas estan con invisible mano, en las diferentes barreras que lo resguardan, y á las cuales leyes habrán de jurar atenerse los caballeros aventureros, si pretenden que para batallar con los mantenedores, las puertas de las barreras les sean abiertas. Mas la *Reina Fadada*, que tan clemente y pia se ha manifestado con los errantes caballeros, que en pro de la noble orden de la caballería pelean, ha dispuesto, bien á pesar del cruel *Norabroch*, que lo mismo en el paso afortunado, que en la Torre peligrosa, que en la Isla venturosa, haya el número competente de Jueces justos, que colocados en cuadras para ellos edificadas encima de grandes arcos, adornadas con mucha riqueza de púrpura y brocados, presencien cada uno

de los torneos, para evitar las sutilezas, astucias y artérias, con que Norabroch fascinar sabe á los caballeros aventureros, venciéndolos, no con la fuerza del brazo, ni con la pericia de los mantenedores en la batalla, si es con los secretos de su maléfica ciencia.

Las leyes que de muchos siglos á esta parte vienen rigiendo en la terrible mansion de Norabroch, son las siguientes:

«Que como el caballero aventurero viene al lugar, delante de la barrera, la cual halla cerrada, debe tomar una bocina de marfil que cuelga del padron, que esta cabe dicha barrera, á cuyo son asoma un enano, fuera de un torrejon, el cual dice que será luego servido, y va á avisar de su venida al caballero mantenedor. En este medio el caballero del Grifon, habiendo oido ya el ruido de la bocina, sube al caballo y se pone en el lugar del combate: despues manda al portero que abra la barrera, y alli es recibido. Y si el caballero aventurero hace mejor su deber que el del Grifon; es á saber; si rompe mejor su lanza, hace mejor encuentro, ó se ha mejor en las tres carreras que el mantenedor, podrá pasar adelante del primer paso; pero si el caballero del Grifon hace mejor su deber que el aventurero; el caballero aventurero es obligado en el mismo instante á rendirse prisionero y ser conducido al castillo tenebroso: mas como este castillo es invisible, el caballero prisionero será guiado de gentiles hombres para este efecto ordenados. Pero si el caballero aventurero sale mejor que el mantenedor en este primer paso, será llevado al segundo donde le recibe el caballero del águila negra á un golpe de lanza y siete de espada; y si el mantenedor hace mejor su deber así de lanza como de espada, es obligado el aventurero á rendirse prisionero y ser conducido al castillo de Norabroch. Pero si el aventurero hiciese mejor su deber que el mantenedor, se le abrirá la Torre peligrosa, y alli se debe apearse, para pasar adelante, donde entra en el tercer paso, en el cual es recibido el caballero del Leon de oro, á tantos golpes de espada, y á tan luengo combate, hasta que la una de las dos espadas del aventurero ó mantenedor se rompa, ó se pierda; que uno de los combatientes sea desarmado ó herido, ó hasta que los Jueces del torneo les tiren el baston para despartarlos. Si el mantenedor hace mejor su deber que el aventurero, es obligado el aventurero á rendirse por prisionero, como dicho es. Pero si el aventurero hace mejor su deber que el mantenedor, serále permitido de ser recibido en la barca, y pasar de la otra parte del agua, á la Isla venturosa. Llegado el aventurero á este paso, debe decir y declarar su nombre y sobrenombre sin disimulacion alguna, para que sea escrito en la memoria de los caballeros extremados y valerosos, la cual memoria tiene cargo de hacer el capitan de la barca que los pasa á la Isla venturosa, establecido para esto por la Reina Fadada, á donde se guardan otros muchos secretos; y despues debe el dicho caballero subir á la peña que está en la dicha Isla venturosa, y llegar al padron que está sobre ella, y alli se probará si podrá de un solo tiron arrancar una espada que está hincada en el padron, acompañado para este efecto, del capitan de la barca y de su compañía. Y en caso que el caballero aventurero despues de se haber probado, no arrancase la dicha espada, debe encontinente tornar á pasar la barca y volver atrás, por los pasos por donde habia pasado, donde segun el estatuto de la Reina Fadada, por haber tan valerosamente hecho su deber, y alcanzar á pasar los dichos tres pasos, se le hace presente de un hermoso crancelin de oro, de manera que al efecto quede con honra con el presente, que se le hace, y pueda salir fuera de los dichos tres pasos, franco y libre, á pié ó á caballo, como mas quisiere, segun á ellos habia venido ó llegado.»

Todos los cuales pactos, condiciones y puntos susodichos, nos han sido declarados de poco acá por cierto caballero

que en ello se habia probado, afirmando por la órden de caballería, haberlos sacado de los padrones, columnas, obeliscos y pilares diversamente intrustos y ordenados en los dichos tres pasos donde estaban escritos en antiquísima lengua, los cuales enviamos á vuestra Magestad, con la mayor humildad, para que sea servido hacerlos publicar y divulgar á todos los caballeros y nobles de su corte y otros, á fin que estando V. M. en Bius, quieran probar esta aventura, porque como muchos ó casi todos, habiendo navegado todos los mares, y frecuentado la Asia, Africa, Indias y los extremos del mundo, han probado muchas y muy loables experiencias, acabando diversas y estrañas aventuras dignas de admiracion: así se espera que entre tan gran multitud de todas las naciones, de que vuestra Magestad es servida, honrado, temido y amado, habrá algun dichoso y venturoso que podrá llegar al cabo de esta aventura y encantamiento tan estraño, la cual haciendo de esta manera, como placirá á Dios que suceda, vuestra Magestad usará de su justicia y clemencia: es á saber; de la justicia para castigar al dicho Norabroch de sus ofensas enormes, demas de la restitution que se hará de todos los pobres presos en las manos de vuestra Magestad: y de la clemencia, para usar como fuere servido de los bienes y personas de los que fueren restituidos, como de siervos de vuestra Magestad, y á su servicio muy obligados.»

Esta exposicion que venia firmada por los humildísimos y obedientísimos servidores.—Los caballeros errantes de la Gallia Bélgica, fue oida con sumo contento por el Príncipe y por su Corte; y conociendo todos desde luego, que era un festejo dado por la Reina de Hungría; festejo tan bello y original que hasta entonces ninguno como él se habia conocido, todos los donceles de la corte sintieron nacer en su pecho un fuerte deseo de que llegase el sol siguiente, para romper lanzas en tan fastuoso torneo; y las damas comenzaron tambien á anhelarlo no menos, por asistir á una fiesta donde tanto lujo, tanto valor y tanta gallardía de consumo se iban á desplegar.

(Se continuará.)

MANUEL IBO ALFARO.

FRAY ANTONIO DE VILLACASTIN.

Para completar cuanto nos parece conveniente las noticias dadas acerca de Fray Antonio de Villacastin en las páginas 369, 370, 371 y 372 del SEMANARIO PINTORESCO, he aquí lo que acerca de él dice D. Eugenio Llaguno y Amiro-la en su obra titulada *Noticias de los Arquitectos y Arquitectura de España desde su restauracion*, capitulo XXIX, páginas 131 y 132.

»Merece se haga de él particular mencion, por la mucha parte que tuvo en la construccion del monasterio del Escorial. El P. Sigüenza escribió su vida, y es de creer no olvidó circunstancia que pudiera exaltar su mérito.

»Fué natural de Villacastin; aprendió en Toledo el oficio de solador y asentador de ladrillos y azulejos con aquellos compartimentos y lazos que entonces se usaban. Con estos cortos principios, su talento claro y continua observacion llegó á adquirir alguna práctica de la arquitectura; y habiendo tomado el hábito de monje corista de San Gerónimo en el monasterio de la Sisla, le emplearon allí en algunas obras. Otras de mas consideracion hizo en el monasterio de Santa Paula de monjas de la misma órden; y despues le enviaron á hacer el aposento y celda para el Emperador Carlos V á Yuste.

»Cuando se empezó el Escorial le trajeron para el oficio de obrero, esto es, para que cuidase é interviniese en la ejecucion de la obra. Fué suya la idea de elevarla mas sobre

los fundamentos que dejó sacados Juan Bautista de Toledo. Le debió mucho el edificio para que saliese tan acomodado á los usos monásticos; y mucho mas para la economía, como superintendente de los maniobrantes, que este nombre podremos dar al oficio que tuvo por la confianza que de él hacia el Rey. Vió empezar y concluir la obra y sobrevivió algunos años, habiendo fallecido el de 1603, á los 91 de edad.

»Lucas Cambiaso retrató al fresco en la bóveda del coro del Escorial al Padre Villacastin. Dirigia tambien este religioso desde su monasterio las obras que se hacian en la par-

roquia de su patria. Fué sepultado á la puerta de la celda en que vivió en el Escorial, desde que se edificó; y sobre la losa se puso este epitafio.

FR. ANT. DE VILLACASTIN.
HUIUS REGIAE FABRICAE PRAEFECTUS:
HIC ANTE JANUAM CAELULAE SUAE SEP.
OBIIT NONAGENARIUS
IV. DIE MARTII ANNO 1603.»

A.

FENOMENOS EXTRAORDINARIOS.



Figura del hombre de cuyo vientre colgaba otro.

En el año de 1530 se vió en París un hombre, de cuyo vientre colgaba otro como pegado, con todos los miembros completos escepto la cabeza. Aquel hombre tenia 40 años; y

con tanta admiracion de todos llevaba en sus brazos al otro ingerto en él y que de él parecia salir, que á porfia corrían á verle.



Figura del niño monstruoso que tenia 2 cabezas, 2 brazos y 4 piernas

En el año de 1346 una mujer de París parió, en el sexto mes de su embarazo, un feto que tenia dos cabezas, dos

brazos y cuatro piernas. Cuando diséqué su cadáver encontré un solo corazón.

UNA VIOLETA,

POR DON MANUEL IBO ALFARO.

Dedicada á su querido amigo

DON BIENVENIDO V. CANO.

(Continuacion.)

VII.

Llegó la noche.

Adamina y su tia continuaban sentadas en el balcon, en el mismo lugar donde otras mil habian aguardado á Alfredo; pero no cual otras veces, una dulce esperanza halagaba sus corazones; ambas padecian, y padecian mas, reflexionando los medios de que el padre de Adamina se valdria para rechazar á Alfredo.

Por este golpe de sociedad padecian tia y sobrina; pero la infeliz sobrina padecia además, por verse separada tal vez para siempre del objeto de su amor.

Mientras tanto Alfredo, que segun costumbre habia esperado el crepúsculo de la tarde en los deliciosos bosques de la montaña de Príncipe Pio, se dirigia velado por gratas ilusiones, á pasar las primeras horas de la noche en compañía de su adorada Adamina: mas cual fué su sorpresa cuando al entrar en el vestibulo, tropezó con la doncella que le dijo:

—Señorito: las señoras no están en casa; y el papá de la señorita que ha llegado esta mañana, me ha entregado esta carta para usted.

Alfredo tomó la carta: pero asustado, pálido y frio, permaneció algunos instantes inmóvil en el mismo sitio, sin saber que decir ni que hacer.

Cuando la doncella se hubo retirado despues de saludarlo con una cortesía, se obró de repente una reaccion en el ánimo del poeta; afluyó á su rostro toda la sangre que se habia agolpado al corazon, y furioso echó á correr por las calles de Madrid hasta llegar á su cuarto. Cerró de un golpe la puerta del gabinete, tiró el baston y el sombrero sobre las sillas, se sentó á la mesa, rasgó el sobre de la carta, y la leyó de un golpe.

Alfredo calló; hincó los codos en la mesa, y escondió su rostro entre las manos.

Los niños sienten llorando; las mujeres gritando; los hombres blasfemando; los poetas callando.

El corazon del poeta es un vaso nacido para recibir mil pesares y un solo placer. Todos los pesares que ofrece la sociedad, y el único placer con que la santa inspiracion le brinda.

Alfredo era un volcan apagado en cuyo seno hervía espumosa lava, era un mar en aparente calma en cuyo abismo se estaba fraguando horrible tempestad.

El volcan reventó por fin; la tempestad estalló tambien.

Alfredo lanzó un profundo suspiro, brotaron á sus ojos dos lágrimas de hiel; y levantando la cabeza con descaro, fijó la vista en las pistolas que colgaban á los lados de los floretes.

Las miró un momento, y despues de mirarlas, prorrumpió en una estrepitosa carcajada.

—Vosotras sois, amigas mías, dijo luego sonriéndose con amargura; vosotras sois las que sembrareis la calma en mi corazon.

Y despues de un instante de silencio prosiguió en tono meditabundo.

—¿Y por qué no he de morir yo? Yo no tengo ni padre, ni madre, ni hermanos, ni amigos... ¿Quién soy yo en el mundo? Soy un copo de espuma que vaga impelido por el viento, sin encontrar una roca donde pegarse. ¿Qué hago

yo en la tierra? Escupir á una sociedad que detesto; y que tambien ella me escupe á mí porque no me comprende. Yo debo morir esta noche.

Y levantándose de la silla descolgó una de las dos pistolas de bolsillo, sacó de la faltriquera un pañuelo blanco, la limpió bien con él y la dejó sobre la mesa.

Entró en seguida á la alcoba; y sacó elegantes chismes de caza que colocó sobre una silla, midió una porcion de pólvora y la echó en el cañon; en seguida le puso taco y la atacó. Luego tomó la bala, pero al sentirla entre sus dedos, parece que aquel jóven se estremeció un poco, la contempló un momento y exclamó con sardónica sonrisa:

—Esta bala vale para mí mas que toda la sociedad; esta bala vale tanto como Adamina. ¡Ay Adamina! tornó á exclamar palideciendo al pronunciar este nombre: ¡ay hermosa jóven de mi alma! ¡cuánto te he adorado en poco tiempo! tu me reconciliaste con la sociedad, y tu me separas para siempre de ella. Jóven divina; ¿verterás una lágrima sobre mi sepultura?

Y sus ojos se anegaron en llanto.

Frenético entonces, puso la bala en el cañon y la atacó con rabia; puso el piston, amartilló la pistola, y se sentó en la butaca de escribir.

Alfredo estaba pálido: sus ojos desencajados, su mirada indecisa, su pulso alterado... ¡Ah! ¡quién no se estremeció en el instante de morir...!

Alfredo se echó atrás con la mano izquierda la negra y blonda cabellera; despejó su frente espaciosa; reclinó su espalda en el respaldo de la butaca; y cual si ya no quisiera padecer mas, gritó con acento dolorido:

—A Dios para siempre Adamina...

Colocó en su frente la boca de la pistola; tiró el gatillo y estalló el piston; pero el tiro no salió.

—¿Qué es esto? exclamó Alfredo mirando asustado á su alrededor: ¿aun vivo? ¡Ah! no ha querido salir el tiro... ¡Padre! vuestra mano lo ha contenido sin duda desde el cielo...! ¿Quién sabe lo que esconderá para mí el misterioso velo del porvenir? viviremos hasta mañana, pero tu, continuó mirando á la pistola, no te apartarás de mí,

Y despues de ponerle otro piston, se la metió en el bolsillo.

Mientras estas escenas ocurrían en el gabinete de Alfredo, Adamina y su tia aunque sentadas en el balcon, veían deslizarse uno á uno los instantes de la noche, sumerjidas en el dolor mas profundo.

La pobre tia reprimía su pena en lo posible, y empleaba todos sus recursos para consolar á su sobrina; pero en vano: Adamina se deshacia por intervalos en amargo llanto.

¡Infeliz... ya le hacia la sociedad verter una lágrima de amargura antes de regresar á su quinta...!

¡PERDON!

I.

A las cinco de la tarde del día siguiente á las dolorosas escenas que hemos presenciado en casa de nuestra heroína, estaba sentado en una butaca de su gabinete, el caballero Leopoldo, en ademan pensativo ó con rostro sério.

De repente, y cual si se hubiera decidido á una cosa que le hiciera luchar largo rato entre la duda y el deseo, tiró al cordon de la campanilla.

—¿Dónde está mi hija? preguntó á la doncella que se presentó solícita.

—Con su tia: respondió la doncella.

—Dile que entre.

La doncella salió del gabinete.

A los cuatro minutos entraba en él Adamina. Pero Adamina era otra de la jóven seductora que conocimos en

baile de la marquesa de Visleflor. Estaba lánguida, pálida, ojerosa, con el cabello tendido y sin peinar, y con el rostro inclinado hacia el suelo.

—Cierra la puerta, y siéntate á mi lado; le dijo su padre:

Adamina cerró la puerta y se sentó al lado de su padre, Pero tenia las manos cruzadas, la bata suelta, y los ojos fijos en el suelo.

—¿Porqué no me has visitado esta mañana? le preguntó su padre.

—Porque he estado enferma.

—¿Qué has tenido?

—No lo sé, padre: y exhaló un suspiro, y sus ojos se arrastraron en lágrimas.

—¿Lloras...? le dijo su padre enfadado.

—¿Déjeme usted llorar, padre mio! exclamó la jóven: y no pudiendo contener los sollozos, se cubrió el rostro con el pañuelo.

—¿Llorar...! murmuró el padre mirándola con enojo, ¡llorar... porque tu padre se desvela por labrar tu dicha!

—¿Y mi padre puede estar quejoso de su hija? murmuró la jóven sollozando aun.

—No lo sé.

—¿No le ha dicho á usted mi tía mi resolución?

—Me ha dicho, que accedías á dar la mano al jóven que yo te ofrezco solo por complacerme.

—¿Y qué mas puede hacer esta infeliz!

—Olvidar para siempre á ese mancebo á quien yo des-
testo.

—Olvidarle. ¡Dios mio! exclamó la jóven levantando los ojos anegados en lágrimas, eso no puede ser; arránqueme usted el corazón, y entonces le olvidaré.

Su padre le dirigió una mirada de furor.

La jóven lloraba en silencio.

—¿Pero es decir que me obedeces? dijo despues el padre.

—¿He dejado alguna vez de obedecer á usted.

—¿Con qué te unirás al gallardo jóven que yo te presento?

—Me uniré; murmuró la jóven.

—Y serás feliz con él: porque toda hija que obedece á su padre es feliz en la tierra, y despues en el cielo.

—Es verdad; dijo la jóven para sí, quiero acabar mi vida con un acto de obediencia.

—Ataviate, hija mia, repuso entonces su padre en tono mas dulce; ataviate, enjuga las lágrimas y vistete de gala porque ahora mismo voy á visitar tu prometido, y esta noche lo presentaré en tu gabinete.

Adamina se puso á estas palabras pálida como la cera.

—Vaya, á Dios; continuó su padre.

E imprimiendo un beso en la frente de su hija salió de la habitacion.

II.

La mayor parte de mis lectoras sabrán que el cementerio de la sacramental de San Luis, es una obra magnífica, poética y suntuosa.

Rodeado de verjas y de pilastras, se ostenta espacioso frente al arrabal llamado CHAMBERI: y en las inmensas praderas que le rodean se levanta grave y sublime con sus cruces, con sus capillas y misteriosos rótulos, como el Rey de las generaciones, como el padre de los siglos, como el vehiculo entre el mundo conocido y el mundo desconocido.

Jigante inmóvil, de origen imponente, de esencia no sabida... allá existe dia y noche, remendando lo que ayer fuimos; sin querer decirnos sino entre sombras lo que mañana seremos.

El cementerio de la sacramental de San Luis, es de exageradas formas, y dentro de su verjado encierra maravillas dignas de ser notadas.

No os hablaré yo en este lugar, de los lujosos nichos que ocupan sus paredes, pero si os recordaré aquellos bosques de acacias, que á espensas del céfiro, aparecen murmuran-

do de trecho en trecho; aquellos grupos de flores que con sus aromas quieren velar la hermosa Virgen que junto á ellas duerme para siempre; os recordaré tambien aquellas estátuas escondidas en el follage de los árboles, aquellos desmayos, aquellos cipreses, y sobre todo, aquellas lámparas macilentas que de trecho en trecho alumbran con fúnebre luz, el opaco seno de algun suntuoso mausuleo, último suspiro de las grandezas humanas.

Pues bien, lectoras mías: vaya una coincidencia demasiado insípida al parecer. En el mismo instante en que el padre de Adamina salía de su casa para ir á casa del prometido de su hija, entraba en el cementerio de la sacramental de San Luis, un jóven como de veinte y cuatro años.

Es alto, bien formado, pero su rostro pálido, su paso magistoso, sus ademanes lánguidos.

Viste bota de charol, pantalon, frac, chaleco y sombrero, todo negro; el frac lo lleva abotonado, y en uno de sus ojales se ve una violeta morada pero ya marchita. Camina sin baston, y de vez en cuando dirige lánguida mirada á la violeta de su pecho.

Este jóven es Alfredo: ¿verdad lectoras que ya le habeis conocido?

Alfredo, con el sello del dolor impreso en su rostro, cruzó dos ó tres paseos de los mas bellos del cementerio: y cuando pasaba junto á algun sepulturero le dirigia una mirada de terror.

¿Por qué se asusta Alfredo de ver aquellos hombres, si él es jóven, robusto y lleno de vida..?

Despues de dar el poeta dos ó tres vueltas por los rincones de aquel sagrado lugar, se sentó en un poyo de céspedes que habia al pié de una estátua de mármol blanco, bajo un copudo sauce de Babilonia, y rodeado de rosales cubiertos de multitud de pimpollos al abrirse.

Al sentarse Alfredo en aquel delicioso lugar, exhaló un profundo suspiro; y luego... parecia que todo respetaba su dolor: ¿y cómo no? era el crepúsculo de la tarde; era ese momento sublime en que callan las aves; en que duerme la tierra; en que reposa el mar, y en que el cielo se cubre de transparentes arreboles.

—Buen lugar, dijo Alfredo para sí; buena hora para acariciar el objeto de su amor; pero buena hora y buen lugar tambien para olvidar su amante, para cerrar los ojos á lo pasado y dar su último adios al mundo.

Y sacó del bolsillo del frac una pistola.

—Fiel compañera mía; prosiguió preparándola y mirándola con intension: tu eres la única que no me abandona hasta el último momento; tú, tú vas á poner fin á mis desgracias...

Y se aplicó el cañon á la frente; pero al sentir en ella el frió del acero se lo retiró asustado.

—¿Qué es esto Dios mio! exclamó: ¡siempre temblando! treinta veces he aplicado hoy la pistola á mi frente, y treinta veces la he retirado asustado... ¿Qué fuerza es esta que no me deja morir? ¿Quién es esa voluntad poderosa que se opone á mi voluntad? ¿Eres tú, padre mio, que desde la region de los justos contiene mi mano? ¿Eres amor... eres tú, que quieres que aun viva un dia para apurar hasta las heces la copa de la amargura... ó es el eterno Dios que no quiere que este sagrado lugar se manche con la sombra de un suicida..?

Alfredo dejó caer la cabeza sobre el pedestal de la estátua, y sobre ambos muslos la mano que empuñaba la pistola.

Todo callaba; y en este silencio magestuoso se veian cruzar los aires nubes mil de púrpura y jacinto.

—¿Adamina...! exclamó de repente Alfredo.

Y luego, cayendo en su antigua melancolia, prosiguió:

—¡Ah! siempre esa imágen delante de mí; siempre Adamina y la pistola en torno mio, y la una me ha vendido, y la otra me horroriza... ¿y por qué ha de horrorizarme á mí

la pistola? ¿no detesto la vida...? ¡Ah! me horroriza, porque creo que los espectros que yacen en estas sepulturas viven en otro mundo muy lejano de aquí; porque creo que mas arriba de aquellas nubes transparentes hay un Dios que me prohíbe matarme!

Alfredo volvió á reclinarse sobre el pedestal de la estatua, y á cerrar los ojos acongojado.

.....Hermosas niñas, que me escuchais conmovidas, no veis en que estado tan lamentable poneis á los hombres? ¿Y luego tendreis valor para decir que los hombres no aman?

—¿Pero qué? volvió á exclamar Alfredo de repente y mas encendido que nunca: ¿no he venido aquí para matarme? pues venceré á esa mano oculta que me detiene; me mataré, Y llevándose furioso el cañon á la frente, soltó un pistoletazo.

(Se continuará.)

EL ULTIMO BENI-OMEYA.

LEYENDA MORISCA,

POR DON VENTURA GARCIA ESCOBAR.

MISTERIOS ORIENTALES.

Fakir, el hijo de Libia,
con sus entrañas de risco,
de los fieros abasides
en Córdoba es el caudillo.

Hombre de atroces recursos,
con astucia de bandido,
insensato en la victoria,
indomable en el peligro.

En su ambicion desmedida
Satan no le iguala mismo;
para él no hay mala senda,
si al fin vá de su camino.

Amado de la Sultana
con volcánico delirio,
la hace pasivo instrumento
de sus insanos designios.

El, en verdad, con su alma
no responde á tal cariño:
que Djida la ocupa toda,
y lugar no hay para otro ídolo.

Mas la Sultana domina
con su irresistible hechizo
de Hixen el alma doliente,
y á sus piés le ve cautivo.

Y Fakir la vende astuto
en placeres clandestinos
de pasion ardiente y honda
vínculos asaz mentidos.

Y en este arriesgado juego
de torpezas y artificios,
si á Hixen tiraniza Zulma
Zulma es de Fakir ludibrio.

Mas Fakir manda el Estado;
y á su bárbaro capricho
Córdoba no sabe á veces
si está el Sultan muerto ó vivo.

Solo Almanzor fuera un tiempo
del alevé favorito
valladar incontestable;
ya no osa nadie al inicuo.

Pues Zaide, del héroe Omeya
deudo cercano y carísimo,
se partió á la guerra santa...
y hoy la patria llora un hijo.

Fakir, pues, omnipotente,
en medio de sus amigos
se apresta á escalar del sόlio
los alcázares altivos.

Ciego con grandeza tanta
en su arrogante dominio
siente mas y mas la llaga

del corazon dolorido

Djida su fe ha desairado
por Zayde... mas Zayde al filo
cayó de comprados hierros
en alevé sacrificio.

Ya no hay á nadie que tema;
lo escuchó con regocijo
de los lábios de un esclavo
maltratado y fugitivo.

Djida ha de ser suya, en ella
cifra el impetuoso Libio,
no ya las ansias ardientes
de sus amantes martirios:

Si que tambien imagina
con el suspirado vínculo
atraer á su bandera

y arrastrar en pos consigo
A Jacob, padre de Djida,
de ingenio y fortuna rico,
con parcialidad muy fuerte,
con sobrada fuerza y brio.

Entre pensamientos tales
Fakir absorto, continuo
á los llantos de su patria
apenas presta el oido.

Y mientras repite el Bétis,
del fantasma el ¡ay! impío,
y en tanto que el viento llenan
de Córdoba los suspiros,

Y que afilan las facciones
fratricidas los cuchillos
y el Califato vacila
suspendido de un abismo.

Fakir á Zu'ma la vende
conspira con sus amigos,
es el señor del imperio,
de Hixen el verdugo inicuo.

Y delirando por Djida
y del sόlio en pos del brillo,
á su corazon no llegan
de la patria los gemidos.

Pues Fakir es un alarbe
que tiene entrañas de risco,
y para él no hay medio malo
porque al fin *todo está escrito.*

SOLUCION DEL GEROGLIFICO ANTERIOR.

La bella Granada tomó el nombre de una doncella.

GEROGLIFICO.



Director y propietario, D. MANUEL DE ASSAS.
Redaccion y Administracion, calle de Vergara, 4, principal izquierda.

Madrid.—Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ,
calle de la Union, 3, bajo.